

PETER VARG

# EL GUERRERO JAGUAR

EL PLAN MAESTRO DE KUKULKAN

Libro I



Áurea Ediciones

© El Guerrero Jaguar - El Plan maestro de Kukulkan - Libro I  
Sello: Tricéfalo  
Primera edición: Mayo 2023  
© Peter Varg  
Edición general: Aldo Berríos  
Ilustración de portada: Sander Agelink  
Icono pantera: Okroshka  
Corrección de textos: Felipe Reyes  
Diagramación: Marcela Bruna



© Áurea Ediciones  
[www.aureaediciones.cl](http://www.aureaediciones.cl)  
Errázuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile  
ISBN: 978-956-6183-34-1

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,  
sin permiso escrito del editor.  
Todos los derechos reservados.

# Tabla de contenido



Prólogo	9
Capítulo 1 - La visión de Juan	13
Capítulo 2 - La puerta al mundo de los espíritus	27
Capítulo 3 - El corazón del jaguar	42
Capítulo 4 - La huida	57
Capítulo 5 - El lugar donde truena	69
Capítulo 6 - El dormilón despierta	86
Capítulo 7 - El diente de Narval	99
Capítulo 8 - El sacrificio de Gino	114
Capítulo 9 - Colonia Trabajo y Libertad	128
Capítulo 10 - La guardiana de la casa	144
Capítulo 11 - El zorro de color	162
Capítulo 12 - El Nexo se abre	178
Capítulo 13 - La resurrección del Rey	193
Capítulo 14 - Un poderoso bebedor de sangre	208
Capítulo 15 - Escoria y las ñañaucas	222
Capítulo 16 - El devorador de almas	237
Capítulo 17 - Las almas perdidas	255
Capítulo 18 - El sacrificio perfecto	272
Capítulo 19 - El regalo de bodas de Juan	288
Capítulo 20 - El sábado de las brujas	304
Capítulo 21 - La Fiesta de la Candelaria	321
Capítulo 22 - La carpa blanca	334
Epílogo	349

# Prólogo



Coya y su familia vivieron hace mucho tiempo, en los primeros días de la raza humana. Con el fuego divino que les había robado a los dioses, Coya calentaba la cueva donde vivían. Creaba armas de piedra y hueso para cazar y proteger a los suyos. De vez en cuando tocaba una simple flauta tallada de un hueso que había encontrado entre los vertederos de los animales que había cazado y animaba a su pequeña comunidad con sus alegres melodías. Lo tenía todo, y una vez que lo tuvo todo, llegaron los sueños. Extrañas imágenes se colaban en su mente mientras contemplaba la hipnótica danza de las llamas. No entendía lo que veía, pero sus visiones llenaban su corazón de alegría. Durante el día vagaba desganado por el lugar. Sus familiares le preguntaban qué le pasaba, pero no tenía palabras para explicarlo, su lengua todavía era demasiado tosca y las palabras apropiadas no nacerían hasta miles de años más tarde. Finalmente se fue solo a las montañas en busca de respuestas.

Estuvo muchos días en la cima de la montaña sin comer ni beber. Soñó que el dios Bahlam, con el aspecto de un jaguar de fuego, devoraba su cuerpo y lo mataba, mientras Kukulkán, la serpiente emplumada, lo presenciaba todo complaciente. Cuando despertó, las almas de humano y jaguar habían encontrado un equilibrio en su interior. Bajó de la montaña como una persona diferente de quien había

sido. Al principio los hombres de la familia no le quisieron franquear el paso a la cueva, pero él les quitó importancia a sus miedos. Antes, les explicó, había sido un único ser, pero ahora los dioses le habían bendecido con la fuerza del hombre y del jaguar. Con esta fuerza los alimentaría y protegería. Tomó la flauta de hueso y tocó una salvaje melodía con la que todos bailaban alegremente alrededor del fuego.

Pasaron los años y Coya se convirtió en un gran líder. Tuvo hijos y sus hijos tuvieron hijos, y él les enseñó a contemplar las llamas. Algunos de sus descendientes tenían verdadero talento y veían el presente y el pasado en el fuego. Él les habló de la alianza entre Coya y el Jaguar. Durante las largas noches de invierno les enseñó los rituales y cánticos con los que podían atraer el jaguar de fuego. Cada vez más muchachos y muchachas de su sangre renacieron con un alma humana y una de jaguar. Había nacido la tribu de los guerreros jaguar y protegieron al pueblo de Coya tanto de enemigos de carne y hueso como de espíritus malévolos.

Un día el nieto de Coya estaba sobre la cima de la montaña donde su abuelo fue devorado sin morir por el jaguar de fuego. Miró a su alrededor con la fuerza del humano y del jaguar y con el don de la profecía, y fue consciente por primera vez de la energía que lo animaba y lo conectaba todo. En su corazón creció el deseo de ser más que una bestia irracional. La noche siguiente soñó con la serpiente Kukulkán, quien se le apareció como un rayo de fuego que unió el cielo y la tierra.

A continuación, se mostró como un ouróboros o comecola alado, el símbolo del infinito ciclo de la vida. Finalmente, el Emplumado se transformó en un viejo indio y le dibujó una estrella en la frente. Ese fue el inicio del pacto de la estrella entre tres grupos: el dios serpiente, la humanidad y los jaguares, en el cual Kukulkán prometió

que protegería a los Coya, siempre y cuando sus acciones no pusieran en peligro la supervivencia de la humanidad o el universo.

Los Coya crecieron en sabiduría y en fuerza y se hicieron más numerosos que los granos de arena en el desierto.

Así, con infinita paciencia, la Serpiente Emplumada entretendió los destinos de jaguares y humanos. Los convirtió en armas que usaría en su lucha contra Akash, el Dios Loco. Kukulcán era uno de los pocos seres que se podía imaginar una creación libre de la influencia de Akash, del que estaba escrito en Popol Vuh, el libro sagrado que había tomado parte en la creación desde antes del principio de los tiempos.

# Capítulo 1

## La visión de Juan



Juan tomó el camino más alto de la Cordillera de Domeyko para escapar de sus perseguidores. Esta meseta formaba parte de los Andes y estaba situada al este de la ciudad Copiapó. Era un territorio difícil de transitar incluso para guerreros bien entrenados, pero su enemigo usaba bestias humanas para acosarlo. Por eso les llevaba poca ventaja, aunque había pasado la mayor parte de la noche caminando a cuatro patas. Decidió tomarse un pequeño descanso ya que el agotamiento le dejaría indefenso frente a ellos. Escrutó cuidadosamente su entorno en busca de peligro. Desde la pequeña cueva que lo protegía tanto de la temperatura, que era extremadamente baja, como del viento, podía divisar bien sus alrededores.

Tras haber descansado una horita percibió un movimiento, una llama perdida y coja que se acercaba a tropezones a donde estaba él. La atrajo hacia sí con un encantamiento, lo que en realidad estaba en contra de sus principios como cazador. A sus ancestros coya no les habría gustado nada, habrían calificado su actuación como indigna, pero estaba herido y necesitaba urgentemente la carne y la sangre de la llama. La vida en la montaña era hermosa en toda su simplicidad. Quien tomaba las decisiones correctas sobrevivía, aunque a veces se tenía que cerrar los oídos a las imperiosas voces del pasado.

Su tribu originaba de la civilización de los Tiahuanaco, que había nacido a las orillas del lago Titicaca, en lo que ahora es Bolivia. Durante más de mil años su reino había sido el más poderoso en el sur de los Andes, pero alrededor del año mil doscientos algo horrible pasó. Su capital desapareció de este mundo de un momento al otro.

Las tribus que habían formado esta maravillosa civilización se fueron cada una por su lado. Eligieron una solución que implicaba un “cada uno para sí” y confiaron sólo en sus propios familiares. Además, las tribus se dividieron en miles de pequeñas familias, y tras unas cuantas generaciones, los relatos sobre este pueblo, que tan poderoso había sido, desaparecieron en las nieblas del tiempo.

Por fin había llegado el momento... tenía la presa a su alcance. Atacó como un jaguar, silencioso y mortal. Su cuchillo se hundió en el cuello de la bestia y seccionó certeramente la arteria mayor. Rápidamente arrastró el cadáver aún tembloroso adentro de su pequeña cueva, sacó el cuchillo del animal y bebió de su sangre durante unos momentos. El resto del precioso líquido lo dejó que fluyera en una cavidad de piedra en el suelo. Su cuerpo vibraba de éxtasis, tampoco esta vez podría atraparle Akash.

Descuartizó a su víctima rápidamente, pero con precisión y volvió a salir de su escondite. Alimentó a la tierra entregando el corazón de su víctima a la Pachamama. Con esta pequeña acción honraba a la presa que había muerto por él y mostraba gratitud a la Madre Tierra. “Abro mi corazón a usted con alegría, Madre. Le agradezco cada nuevo día. Tomo lo que necesito y nada más, y doy todo lo que puedo”, murmuró concentrado la vieja fórmula.

Una vez que se había alimentado pudo tomarse por fin el tiempo de controlar y curar sus heridas mientras revisaba mentalmente lo que había ocurrido.

Diego, el alto sacerdote del dios jaguar Bahlam, le había hecho llamar el día anterior. En las alturas de los Andes se habían encontrado dos cadáveres infantiles, habían sido decapitados y sus corazones habían sido extraídos en un ritual oscuro.

“¿Una declaración de guerra de un capo de la droga?”, preguntó Juan.

Diego lo miró y sacudió la cabeza:

“No, este es trabajo de un ser de fuera de la Tierra, un Camazotz, un murciélago monstruoso de más allá del portal entre los mundos. Tras penetrar nuestras tierras hizo un sacrificio de sangre como sacerdote para honrar a su Dios Loco y para desafiar a nuestra comunidad. No han venido en busca de oro o sangre”. Los ojos de Diego se pusieron de color dorado mientras profetizaba:

“¡Quieren la joya llamada el Corazón del Jaguar... y la destrucción total del pueblo coyotl!”

Diego le pidió a Juan que formara un grupo de caza con los guerreros jaguar, pero este ya no escuchaba, la rabia había activado sus instintos y se fue para hacer justicia. En la búsqueda del enemigo, dejó su humanidad atrás y se recogió en sí mismo hasta el ahora, el momento donde no hay diferencia entre el pensar y el actuar.

Recorrió con destreza las montañas a través de las rutas de caza de sus ancestros y sin buscar conscientemente encontró la huella hacia el nido del enemigo. A lo mejor era porque no dudaba. Dominado por sus instintos no nunca dudaba.

Los enemigos eran numerosos y estaban bien organizados. A la luz del ocaso, guerreros armados hasta los dientes formaban un muro entre él y las tiendas donde se escondía el líder del pequeño ejército. Juan salió del hueco desde donde les había estado espionando y se acercó sigilosamente al abrigo de las rocas. Esa escoria no lo iba a parar. Como una sombra se deslizó a través de la barrera

de seguridad hasta las tiendas, escondiéndose entre la luz y la oscuridad, pero estaba siendo demasiado fácil.

Un grito siniestro resonó en la creciente oscuridad y de las tiendas salió una marea de monstruos. La segunda y última barrera de seguridad alrededor del sacerdote del Dios Loco se había activado. Los humanoides del primer cinturón, que ya había sobrepasado, lo apuntaron con sus rifles. Sus compañeros, no tan humanos, rodaron hacia él en una ola de garras y dientes. Juan eligió la estrategia de defensa que mejor conocía y atacó. En tres latidos se transformó en Acab, su jaguar negro, su compañero y guía animal. Saltó con facilidad por encima de los engendros y se precipitó al interior de la tienda.

La imagen de piedra del Camazotz estaba en el medio de la misma y se animó lentamente. Por la noche volvía a ser de carne y hueso, hasta que las primeras luces del amanecer le dejaban rígido otra vez. La tienda era muy alta porque la estatua era enorme. La horrible cabeza de murciélago se alzaba, por lo menos, a cuatro metros del suelo y sus manos de afiladas garras se abrían y cerraban, abrían y cerraban. El horrible olor a muerte que lo rodeaba era casi insoportable.

Acab hizo lo único que podía hacer. Lo que tenía que hacer. Antes de que terminara la metamorfosis del monstruoso murciélago saltó encima y separó la cabeza de piedra del cuerpo de carne y hueso con un golpe de su poderosa garra. La cabeza rodó por el suelo y se transformó en una sanguinolenta masa de carne que gritaba de cólera.

Corrió fuera de la tienda con la presa de su audaz ataque en la boca. Afuera lo esperaba una nube de cuchillos, lanzas y balas. Con la cabeza del sacerdote murciélago fuertemente apretada entre sus dientes desapareció con tres poderosos saltos en la noche, dejando atrás al enemigo, pero la hedionda cabeza seguía chillando en un tono aterrador. Los animales nocturnos que lo oían se escondían en el

agujero más profundo que encontraban.

Una vez en la gruta, Juan siguió controlando las heridas de su cuerpo. Una bala se había llevado por delante un trozo de la carne de su hombro y tenía que curarse una canallesca cuchillada en el estómago para evitar que se infectara. Su corazón se paró un momento al ver que un pedazo de piel de su pierna se había puesto gris, ahí donde le había rozado una lanza. El color y el olor le hicieron entender la verdad inmediatamente: el enemigo había untado su arma con un potente veneno y si todavía vivía fue porque no era una herida abierta.

A su lado, la cabeza del hombre murciélago soltaba una riza tras otra, aguda y maliciosa, pero lo suficientemente suave como para no descubrir su escondrijo. No había parado de gritar hasta que Juan había arrancado de su calavera la parte inferior de la mandíbula.

Para sobrevivir a esto necesitaría más que sólo comida, tranquilidad y el ritual usual de purificación, curación y fortificación. Con toda su concentración repasó las hierbas curativas que llevaba consigo, dando gracias a los dioses de que su mujer Francisca fuera una bruja blanca que siempre se ocupaba de que sus alforjas estuviesen llenas. Inspeccionó la carne, la sangre, la cabeza del Camazotz y las hierbas que tenía y se puso manos a la obra.

Como curandero y brujo negro conocía los rituales que lo salvarían. Mezcló las hierbas curativas con la sangre de la llama y la suya, creando un producto que serviría de antídoto contra el veneno mortal.

No tenía tiempo de vacilar y se tragó el mejunje rápidamente, su horrible sabor no animaba a tardar más de lo necesario. Esta era la primera fase del ritual, una mezcla para sanar hecha según las tradiciones de las brujas blancas.

Cantó suavemente una canción esperando que el encantamiento lo escondiera del enemigo, que sin duda se acercaba. Esta era la segunda fase: una melodía mágica que

lo escondería y protegería.

Decidió subir a la fase siguiente ignorando el aviso de Acab, su animal guía. Para la confrontación con el enemigo que se acercaba necesitaba una manifestación más poderosa de lo que el jaguar le podía proporcionar. Mediante un encantamiento encerró la parte humana de su espíritu, en una palabra. Como buen padre, eligió el nombre de su hija menor, Mónica, que cumpliría años dentro de unos días, el 17 de enero de 1987.

Se tragó otro brebaje, hecho según las tradiciones de la magia negra. Su forma humana desapareció y en su lugar se convirtió en algo de lo que no estaba orgulloso: un monstruo, el mal hecho carne, lejos de tanto humano como animal y con la supervivencia y la destrucción como únicos objetivos. Devoró el resto de la carne en uno, dos, tres bocados, junto con la cabeza del hombre murciélago. Su nuevo cuerpo las transformó en la energía que necesitaba para el proceso de curación. Abruptamente cayó en un sueño intranquilo. La canción que había cantado tomó el control de su entorno y tejió un anillo de protección a la entrada de la pequeña cueva. Los monstruos vinieron y fueron detenidos, pero decidieron esperar. Amaban la venganza.

Juan dormía. Soñó con su mujer e hijos, de los que la menor llevaba ahora la humanidad de su padre escondida en su nombre. Después, la bestia tomó completamente el control y su espíritu se perdió en la oscuridad.

“Juan, Juan, ¡despierta! ¡Se acercan los Últimos Días!”, llamó de pronto una voz autoritaria.

La mente de Juan se llenó de conocimientos y la voz le habló de una lucha cósmica al más alto nivel. Oyó que Akash, el único, el dios que dirige la creación, estaba en lucha permanente con el Vacío. Era el Vacío que había soñado la creación hacía mucho tiempo, tras lo que había